

GUSTAVO RAMÍREZ SANSANO

Por: Sara Esteller. Fotos: José Jordán

EL COREÓGRAFO GLOBAL

Estaba cantado que Gustavo Ramírez Sansano iba a ser uno de los nombres españoles destacados de la creación coreográfica internacional. Por algo está en ello desde los 15 años. Expresa con la danza aquello que no quiere, o no puede, explicar con palabras. El movimiento es su lenguaje. Sus coreografías forman parte del repertorio de compañías como IT Dansa, Nederlans Dans Theatre, Hubbard Street, Ballet de Hamburgo, Ballet de Teatres de la Generalitat y más recientemente de la Compañía Nacional de Danza, para quien creó *Chapter 10*, estrenada en abril de 2009. Con 31 años inicia 2010 con importantes proyectos: el estreno con su compañía Proyecto Titoyaya de *Lo que no se ve* en el Mercat de les Flors de Barcelona, y la dirección artística, a partir de julio, del Luna Negra Dance Theater de Chicago.

Con 19 años consigues tu primer premio a la coreografía, el Ricard Moragas por *Fetos* ¿coreógrafo precoz?

He tenido mucha suerte; hasta en San Fulgencio, donde nací, tuve la ocasión de coreografiar a los 15 años por primera vez. Siempre me ha gustado organizar a la gente, incluso cuando hacía ballet, en la escuela de Almoradí; todo lo que aprendía necesitaba exponerlo. Cuando me fui a Barcelona a estudiar al Institut del Teatre empecé a meterme en serio en todo eso que desde más pequeño me gustaba; durante los 3 años del Institut cada año presentaba algo en escena. Ganar el Ricard Moragas, con mucha sorpresa para mí, fue el primer gran impulso que recibí.

¿Fue importante entonces esa etapa?

Nada de lo que me ha pasado me hubiera sucedido de no haber sido por lo que hice al principio, que fue lo que me dio herramientas, lo que me enseñó a comunicarme con las personas. De hecho, empezar con gente que no sabe bailar es un esfuerzo más grande que hacerlo con gente fantástica, y aprendes más de la gente y de cómo reaccionan a tus palabras.

¿Eres más coreógrafo que bailarín?

Siempre. Me encanta bailar, y aunque lo dejé profesionalmente a los 23 años yo no he dejado de bailar, ahora lo hago cuando quiero, en el aula o en mi casa. El gran paso lo di cuando empecé a dejar de bailar en compañías y me centré en coreografiar. De una manera inconsciente, o consciente, me fui escuchando y forjando lo que soy ahora mismo, que espero que no sea lo mismo dentro de 10 años.

John Neumeier declaraba a esta revista hace unos meses no comprender que alguien que no baile puede dedicarse a la coreografía.

No tiene nada que ver. Jirí Kylián no se mueve apenas cuando trabaja y es uno de los grandes. Cada maestrillo tiene su librito. En las compañías he aprendido que cada uno trabaja de una forma. No creo que para ser coreógrafo haya que ser también bailarín.



En Retrato de Oscar Wilde había un mensaje sobre la tolerancia. ¿Hay en tus montajes siempre alguna idea que quieres transmitir?

La hay, pero no necesariamente para que la gente la entienda; la hay porque es lo que me ayuda a construir el trabajo, pero yo no pretendo que la gente entienda sino que sienta. Nunca me ha gustado la literalidad, ni explicar las cosas. Si quisiéramos hacer entender algo de una manera literal hablaríamos, o si lo necesitara el espectáculo. Lo que estamos buscando es justo donde la palabra no llega. No me gusta dar información que vaya a condicionar al espectador.

¿Qué puedes contarnos sobre Lo que no se ve?
Lo que no se ve podría ser mi “libro negro”, donde cuento cosas que nunca explicaría

con palabras, que son muy personales, de lo que siento. Ya hice algo así con *Un peso en la espalda*. Tengo ese lado oscuro, pero también el tonto, y el comercial...

¿Cuáles son los ingredientes de tu lenguaje coreográfico? ¿Cómo te enfrentas al espacio, movimiento, cuerpo?

No podría definir mi propio lenguaje, era otro hace unos años, es diferente ahora y espero que lo sea dentro de otros 10 años. A nivel de movimiento, no me gusta llamarlo técnica porque sería decir que yo he creado algo, cuando no me considero en ese aspecto tanto creador como observador. Soy una persona a la que siempre le ha gustado mucho mirar a todos esos increíbles bailarines que me ha puesto el destino delante, también coreógrafos, pero sobre todo bailarines, que son los que

dan la respuesta de cómo se tienen que hacer las cosas. Todos ellos, desde el más común al más excepcional te van dando. Al hacer tal movimiento o gesto te llega de una manera, tú lo ves y lo incorporas a tu propio cóctel. Con respecto al espacio, es muy importante el tipo de escenario, en un espacio pequeño te puedes dedicar al detalle y en uno grande si te dedicas a lo pequeño el que está en la fila 10 no lo ve.

En tus creaciones firmas la iluminación, los audiovisuales o la composición musical ¿te interesa en igual medida todo lo que sucede en escena?

Soy un enamorado de expresar a través de la danza, y todo lo que tenga que ver con el espectáculo, con esa caja, me interesa desde siempre. Con respecto a la escenografía porque siempre me

ha parecido que había que vestir al escenario; es importante también que la música funcione por sí sola, igual que la iluminación... ninguna parte es más importante que la otra porque si no se desequilibra el espectáculo.

¿Qué te espera en Chicago como director artístico de Luna Negra DT?

La compañía me supondrá dedicación casi completa, aunque intentaré salir a coreografiar porque creo que es importante seguir conectado con el exterior. Tengo muchas ganas de empezar. Es una compañía privada, con 12 bailarines y voy a dirigir, crear, invitar a otros coreógrafos... en el futuro también quieren crear una escuela. El director de Luna Negra hasta ahora, Eduardo Vilaro, fue el primero que me encargó una

coreografía; eso fue en 2001 después de ganar el premio Dom Perignon en Holanda. Él me dio mi primera oportunidad y de ahí salió *Flabbergast*, que es una pieza que he repuesto en otras cinco compañías.

Una vez te marches a Chicago ¿seguirá Proyecto Titoyaya?

La compañía se queda en *stand by*.

¿Tienes alguna aspiración o meta confesable?

Me gustaría trabajar aquí y construir un trabajo digno. Es una pena que el arte necesite dinero y que no lo produzca. Nunca me he planteado meterme en una institución para arreglarlo desde dentro, que es realmente la única solución. Sí que me gustaría ayudar al futuro de la danza

en cualquiera de los sitios en que esté, pero es difícil. Sueño trabajar con dignidad, tranquilo, con gente a la que le gusta hacer su trabajo.

Lo que no se ve

13 y 14 de marzo en L´Escorxador, Elx
18,19,20 y 21 de marzo en el Mercat de les Flors, Barcelona
26, 27 y 28 de marzo en el teatro Rialto, Valencia

